

A monochromatic red and black portrait of a man's face, rendered in a textured, painterly style. The man has dark hair and a beard, and his gaze is directed slightly to the right. The background is a deep red with dark, expressive brushstrokes.

**ALBERTO**

# **DUTARY**

**EXPOSICION  
DE  
PINTURAS**

*mayo 16 - junio 3-1963*

*Panamá, ciudad.*

“Santos contrahechos”, uno de los dos cuadros de Dutary que la Galería de la Librería Cultural (1) expuso en estos días, puede ser el punto de partida de una reflexión sobre el lenguaje estético que Dutary se ha forjado a través de sus dibujos y de sus pinturas.

La figura monstruosa forma parte integral del mundo pictórico de Dutary así como llegó a serlo del mundo artístico de Goya, mas no por eso ejerce la misma función dentro de la obra de ambos pintores, y es precisamente el estudio de esa diferencia que permite comprender la experiencia, o más bien la historia espiritual, que el arte de Dutary resume.

En los dibujos de Goya (pienso, sobre todo, en “Los Caprichos”) como en sus pinturas de la época negra (pienso, sobre todo, en los cuadros que se encuentran en el sótano del Prado), la figura monstruosa domina todos los elementos de la composición, atrayéndolos hacia sí e impregnándolos con su propia monstruosidad. En estos dibujos y en estas pinturas, el artista experimenta y vive la monstruosidad por sí misma, comprobando su existencia y sufriendo que ésta invada por completo el campo de su conciencia. Toda la lucha acerba del artista contra el monstruo no impide, sin embargo, que a un nivel aún más profundo exista entre ellos una morbosa complicidad. A través del esfuerzo del artista por exorcizar el mal se vislumbra una connaturalidad vital entre el artista y el mal, como si el horror que el artista siente frente al mal se enraizara en un miedo, sordo, mudo, ciego, monstruoso, que el mal deje de existir o pierda su integridad. Así en un mundo del cual ha sido excluida toda perfección transcendental, sólo el mal en su forma monstruosa permite aún la experiencia, invertida y contrahecha, del absoluto; considerado en sí mismo, el mal no es solamente la negación sino también la ausencia de esa perfección, y por consiguiente en él se puede todavía presentir la forma de esa perfección, de la misma manera que en el vacío se advierte la forma del sólido correspondiente.

En los dibujos de Dutary, particularmente en los del “Hotel de Dios”, la figura monstruosa ejerce una función goyesca; es una experiencia vivida que tiene su fin en sí misma, que obsesiona y fascina a la vez. En sus pinturas, por lo contrario o por lo menos en sus últimas pinturas, la función de la figura monstruosa no es la misma. Entre las figuras contrahechas aparecen algunas que en vez de inspirar la sonrisa siniestra del sarcasmo, suscitan la cálida sonrisa de la simpatía, y esa simpatía es signo de la liberación del artista, quien, libre de la obsesiva fascinación del mal, comienza a sentir compasión por aquel a quien el mal deforma. El fondo mismo sobre el cual se perfilan los monstruos predomina, con la belleza y la claridad de su colorido, sobre la monstruosidad de las figuras y sugiere así, tácitamente, casi desapercibidamente, que el artista ha comenzado a sonar con un mundo en el cual el hombre, en vez de ser deformado en monstruo, sería transformado en santo. La monstruosidad deja de ser una experiencia que el espíritu sufre, para convertirse en un signo que la conciencia interpreta. Mas que una vivencia, la figura monstruosa es en las últimas pinturas de Dutary un lenguaje, pero un lenguaje esencialmente ambivalente: señalando las deformaciones de lo humano, dicha figura delimita lo humano a contraluz, y delimitándolo así desde afuera, sin encerrarlo en sí mismo, dicha figura supone que lo humano está abierto y a posibles transformaciones.

Dutary ha percibido la misteriosa afinidad entre el monstruo y el santo, considerando ambos como límites de lo humano. Quién sabe un día descubra la no menos misteriosa distancia entre ambos, entre el que es ausencia de humanidad y el que es presencia del Hijo del hombre.

Ricardo Arias Calderón.

PAINTER

Not flowers, not birds, not cherubs  
 himself cherub faced he wrenches  
 from earth scooped sockets within  
 catacomb of brain  
 pale figures he calls saints  
 stretching their brown cerements,  
 muscle fibre, paper thin upon canvas  
 in shades of old bone, verdigris, leather  
 binding all with thongs of  
 brittle, blue vein.

Who are these figures, eyelids pulled  
 down against the world  
 eyes turned inward contemplating  
 bowls of dust, feet mummied  
 Who are these figures, skin sagging  
 tentlike over crumbling framework of bones  
 knobby excrescences stretching skulls shapeless.  
 Mouths awry, these dry remains of  
 medieval hysterics, mystics, self-flagellants  
 grin gristly grin, and await encroaching dust  
 final obliteration of all man's frenzies.

Take wine, painter, rough with life  
 red with blood of the vine.  
 Let it engulf, sweat it from every pore.  
 If you must first drown in its tide  
 then drown, but awaken tomorrow,  
 sick with loss, gutstripped  
 of everything save bare, clean bones  
 of geometryc design.

220.00	Los Santos	Egipticos
300.00	"	" Burieratos
250.00	"	" Timidos
250.00	"	" Daciosos
200.00	"	" Malos
280.00	"	" Ricos
350.00	"	" en una Procecion
180.00	"	" en garutilla
vendido -	"	" Borrachos
300.00	"	" en Espera de un Milagro
300.00	"	" Enfermos
400.00	"	" Burlones

La santitud es un acontecimiento tanto teológico como psicológico y puede, por lo mismo, ser enfocado desde esas dos perspectivas diferentes. Esta colección de pinturas de Alberto Dutary no es un estudio o teoría de la santitud, es un testimonio de ella. Es ella, allí, para que la veas, para que la vea yo, para que diga esto que voy a decir, que estoy ya diciendo.

Como fenómeno teológico, la santitud es un problema muy interesante. Es el problema de los santos sin Dios, el problema del cielo, de la inmortalidad, del misterio, que no hemos perdido, que están allí, todavía, pero ya sin Dios, porque aquello de Dios, después de todo, resultó ser una justificación totalmente innecesaria, una premisa dulce pero floja como diente de niño.

En el mundo no hay sitio para Dios. Pero nosotros, en cambio, existimos. Lo desplazamos a culazos, lo espantamos con besos, lo amenazamos con ganas de sonreír, y al final lo ocupamos todo. Quedaron los santos estupefactos, se miraban los unos a los otros, no sabían que hacer.

Santos desocupados, despedidos, desterrados del cielo, desplazados por el amor, por niños que llegaron riendo, por una sola pareja que era el mundo entero y abrieron las puertas del misterio. La entrada gratis.

Yo no sé que piensa Alberto Dutary de todo esto. Alberto no piensa, supongo. No, no piensa. Se muerde la lengua cuando está pintando. Lo he visto. Y así no se puede pensar. Pinta. Los emigrados del cielo posan para él y él los pinta. Porque todos posan. Alberto posa, finge también. Pinta como si no pudiera pintarlo todo. Como si su capacidad estuviese por debajo de su voluntad. Pero es que es esa su voluntad, es eso lo que pinta. Puede decir que no lo ha podido decir. A eso en español, se le llama garra. Y se le llama así porque agarra y desgarrar.

O lo anterior es verdad o no lo es. Si no es verdad, es que Dios existe, entonces no somos infinitos, es decir, no somos en absoluto. Ni siquiera malos, ni trivialmente siquiera.

Como fenómeno psicológico, la santitud es uno típico de la América Latina donde las ideas, necesariamente importadas, parecen turistas por mucho español que hablen. Santo es quien se refugia en una idea o en un sentimiento para no estar aquí. Son ideas prestadas o alquiladas, sentimientos usados, arrugados. Los santos abundan entre nosotros. Son infinitamente malos, ni siquiera se dejan oír, van sonriendo al paredón, perdonándonos, porque es así, con inhumana malignidad, que condenan ellos.

Estos santos de la tierra hostil y aquellos del cielo vacío, son los mismos en rigor. Es cosa de perspectiva. Se distinguen sólo en que unos van y los otros vienen. Se encuentran a mitad camino, se presentan en voz baja, hablan, conspiran. Es importante conocerlos.

José de Jesús Martínez.